

COSTUMBRES CUBANAS DEL PASADO.

COMIENZO DEL HABANA YACHT CLUB.

Por Luis Bay Sevilla.

D.M. sep 5/946.

DECIAMOS la semana anterior que los primeros baños públicos establecidos en la Playa de Marianao fueron los de don Francisco Tuero, inaugurados en el verano del año 1864 y citábase en la vez, los nombres de algunas de las primeras familias temporadistas de aquella Playa.

En el año 1886 sólo existían allí dos casas de mampostería, una de las cuales perteneció a la familia del doctor Joaquín Diago y la otra a don Ramón Juliá, que era un corredor de azúcar que había logrado levantar una buena fortuna.

D. Ramón, pasado algún tiempo, vendió su casa a don Willy Merry, que pasó en ella algunas temporadas con su mujer doña Luisa María Otero, traspasándola luego a Mr. Smith que la vivió algunos años con los suyos.

Las restantes casas eran todas de madera con techos de tejas acanaladas, aunque se veían algunas de aspecto muy pobre ocupadas por pescadores.

El doctor Ignacio Plasencia, pasaba allí las temporadas de verano con su mujer doña Inés Maragliano y sus hijos Ignacio Benito, que fué años después prestigiosa figura médica de Cuba; Guillermo, muerto trágicamente, casado con doña Dulce María del Peso, siendo padres de Esperanza, que casó con el ilustre abogado doctor Carlos Saladrigas y Zayas; Adriana con el señor Raúl Karman y Guillermina con don Francisco Baserba. Ernesto e Inés María, hijos del matrimonio Plasencia Maragliano, fallecieron hace pocos años.

El viejo doctor Plasencia era en aquellos lejanos días, un cirujano que realizó con éxito difíciles y arriesgadas intervenciones quirúrgicas, disfrutando durante toda su vida profesional de los mayores prestigios, como los disfrutó después el doctor Raimundo Menocal y últimamente el doctor Rafael Nogueira, cirujano eminentísimo, a quien debemos la vida, porque gracias a su maravillosa cuchilla, a su gran talento médico y también a la voluntad de Dios, pudimos salvarnos del fulminante ataque apendicular de que fuimos víctima.

Eran también temporadistas los esposos Juan Pedro Brunet y Concha Baró, padres del conocido clubman Juan Pedro y Baró.

En una casa que estaba situada junto a la ocupada por la familia Pedro, pasaba las temporadas el señor José M. Remírez de Estenoz, hombre que por su carácter alegre y propicio siempre a todo lo que fuera regocijo, resultaba uno de los animadores de las temporadas.

El famoso pedagogo don José Manuel Valdés Rodríguez, cuyo nombre lleva una escuela de La Habana y su mujer doña Angelita Villada, maestra de Marianao, eran también asiduos temporadistas en compañía de sus hijos José Manuel y Antonio, casado el primero con doña Cuca de la Torre y el otro con doña Josefina Unanue y Pérez Miró.

Junto a la casa de Charles Todd tenía la suya don Julián de Zulueta, Marqués de Alava y Vizconde de Casa Blanca, coronel de milicias, Consejero de Administración de Hacienda, quien pasaba allí pocas temporadas, pues generalmente la casa estaba cerrada y al cuidado de los criados. Una de las principales calles de La Habana lleva su nombre por la cooperación, que prestara para

obtener el derribo de las murallas que rodeaban la capital. En estos terrenos y frente al Parque Central, comenzó don Julián la construcción de un gran edificio, pero las obras a poco de comenzadas fueron paralizadas, y en ese estado permanecieron largos años, conociéndosele con el nombre de «las ruinas de Zulueta», hasta que los hacendados cubanos don Pedro y don Andrés Gómez Mena, adquirieron aquellos terrenos dando término a las obras iniciadas por Zulueta y conociéndosele desde entonces con el nombre de «la Manzana de Gómez».

Zulueta casó tres veces, la primera en la catedral de La Habana con doña Francisca Dolores Samá, de la casa de los Marqueses de Marianao, hija de don Jaime Samá y de doña Josefa de la Motta. En segundas nupcias casó con su sobrina doña Juliana Ruiz de Gámiz y Zulueta, hija de don Juan y de doña Florencia, casando por tercera vez con su otra sobrina, doña María, hermana de su segunda mujer.

Zulueta tuvo durante su segundo matrimonio dos hijos Emilio y Julián. En su tercera unión matrimonial tuvo a Amalia, Elvira, Alfredo, Adolfo, Luis y Enrique.

Narciso Zulueta y Martos, que fué el III Marqués de Alava y III Vizconde de Casa Blanca, abogado y nieto de don Julián, residía habitualmente en Madrid y vino a La Habana en el año 1912 para firmar la escritura de venta del ingenio de su propiedad Gupúzcoa, al famoso hombre de negocios el librero José López Rodríguez, quien realizó importantes obras de mejoramiento en sus maquinarias, cambiándole luego el nombre por el de Central España, que tiene en la actualidad.

En la época presente don Enrique Zulueta, casado con doña María Abrisqueta, ligada por lazos de sangre con la más rancia nobleza española, pasa generalmente los inviernos en La Habana, junto a los familiares que aquí residen.

x x x

En aquellos lejanos días del año 1886, un súbdito inglés sir Joseph White Todd, miembro de la firma Todd, Hidalgo y Compañía, poseía en la Playa de Marianao una casa de madera dedicada a su recreo veraniego, pero como al separarse Mr. Todd de aquella firma, se ausentó de Cuba, dejó el uso de la casa a sus amigos, empleados todos de aquella gran casa comercial señores Charles Todd, Arturo Crawford, Carlos F. Carbonell y John P. Méndez. Estos caballeros formaban parte del grupo de yartistas que habitualmente realizaba paseos semanales, quienes daban hospitalidad a sus amigos y compañeros de excursiones, surgiendo de esto que los ocupantes compartieran a prorrata los gastos de su sostenimiento.

Mantendida así la unión del grupo, surgió entre ellos durante la celebración de un almuerzo, la idea de constituirse en Club, acordando todos reunirse el miércoles 29 de octubre en la residencia de don Antonio Bollag, dándose entonces la encomienda a don Carlos F. Carbonell para que invitara a esa reunión al grupo de amigos que no estuvo presente en dicho almuerzo, concurriendo solamente a aquella reunión los señores Carlos F. Carbonell, Antonio Bollag, Ernesto Longa, Arturo Crawford, Luis Pedemonte, Tomás Collazo, Ramón Juliá, Ramiro López de Mendoza, Charles A. Salmón, Charles R. Todd, Antonio Moner, John P. Méndez y J. A. Mac Lean, que son los trece caballeros a quienes se consideran fundadores del H. Y. C.

En aquella primera reunión quedó decidida la creación de un Club náutico que acordaron denominar «Habana Yacht Club», que tendría como sede social la casa de sir Joseph White Todd en la Playa de Marianao, designándose en aquella junta de constitución, la primera directiva que quedó integrada por las siguientes personas: Comodoro, Alfredo Deoulofeo; vicecomodoro, Ramiro López

de Mendoza; contracomodoro, Antonio Moner; secretario, Ernesto A. Longa y tesorero, Manuel Ajuria.

Como precursores del Club hay que mencionar también los nombres de Marco Antonio Longa, Guillermo Collazo, Manuel Ajuria, Alfredo Deoulofeo, Aurelio Granados, Roberto M. Orr y Raúl J. Kay, que como no estuvieron presentes el día de su constitución en la casa de Bollag, no aparecen como socios fundadores, aunque contribuyeron a su fundación, integrando el grupo de amigos que concurría todos los domingos a la Playa de Marianao.

La sociedad en sus primeros tiempos llevó una vida de relativa modestia, y fué en el período presidencial de Aurelio Granados (1891-1892), que se celebra la primera colecta para la construcción de un edificio de mayor amplitud para alojar al Club, sumando lo recolectado la cantidad de cinco mil pesos.

Para todo cuanto se relacionara con la construcción del nuevo edificio, se designó el día 11 de marzo de 1893 una comisión presidida por don Leopoldo de So-

la, figurando en ella además, los señores Narciso Maciá, como secretario; Teodoro Zaldo, tesorero y John Mac Lean y John L. Vanderwater, vocales. Esta comisión, laboró intensamente logrando que la nueva casa de madera quedara inaugurada en el siguiente año. La primera piedra se colocó el 13 de julio de 1893 y el edificio fué inaugurado en 1894, ocupando la presidencia el señor Alberto Will.

Hicieron algunos donativos, entre otros socios más, don Leopoldo de Sola que facilitó la cantidad de cinco mil pesos, en momentos en que los fondos se habían agotado y se iniciaba el desaliento entre el relativamente pequeño número de socios que integraba el Club. Por esta magnífica donación, en la Junta General celebrada el 24 de julio de 1894, se designó al licenciado Sola por aclamación socio honorario del Club.

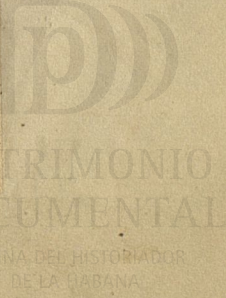
Al estallar la guerra de independencia, cesó el Club quedando entonces solitario por haberlo abandonado la mayoría de las personas que concurrían al mismo, unos, obligados por su amor patrio a engrosar las filas del glorioso Ejército Libertador, y otros, por el deseo de no mantener relaciones sociales con el elemento oficial que en aquellos días gobernaba la Isla, pues la gran mayoría figuraba en la lista de socios del Club.

Para evitar la destrucción del edificio el Cónsul General de los Estados Unidos de Norteamérica, general Fitzgerald Lee, trasladó las oficinas del Consulado para aquel edificio, permaneciendo allí instalado durante los años 1896 al 1899, lográndose de este modo que el Gobierno de la Colonia lo respetara durante todo el tiempo que duró la lucha de los cubanos en la manigua para conquistar su independencia.

Días después de terminada la guerra, en el año 1898, estuvo acampado en el Habana Yacht Club el mayor general Mario G. Menocal, jefe del quinto cuerpo del Ejército Libertador de las provincias de La Habana y Matanzas, y allí recibió como huéspedes de honor al general Mayía Rodríguez, jefe del Departamento Occidental; al mayor general Calixto García Iñiguez, a su paso para Washington y al general José Lacret Morlot.

La fuerza de infantería del Ejército Libertador allí acampada, estaba mandada por el general Leyte Vidal, que ocupaba los terrenos al fondo del H. Y. C., encontrándose a la izquierda del edificio la caballería del general Pedro Delgado, y a la derecha, la escolta del general Menocal y la columna voluntaria que trajo éste en su recorrido de Oriente a Occidente.

En una fiesta organizada por la señora Caridad Pedroso de Morales y que se celebró en el H. Y. C., en ese mismo año de 1898, se tocó por primera vez en La Habana el Himno Nacional que fué ejecutado por el profesor Hubert de Blanck y coreado por un grupo muy distinguido de señoritas, capitaneadas por la encantadora Elena Fernandina, que poco tiempo después contraía matrimonio con su primo el coronel del Ejército Nacional Gabriel de Cárdenas y Achondo.



En el año 1900 recobró el Club su vida normal y se celebraron elecciones generales, resultando electo presidente el señor Joseph Springer, cónsul general de los Estados Unidos de Norteamérica, reelecto al siguiente año.

En el periodo de tiempo de 1901 a 1913 inclusive, desempeñaron la presidencia del Club los siguientes caballeros: Federico Zaldo, Ernesto Longa, N. A. Morales, Pedro P. Hernández, Carlos F. Carbonell, Felipe Romero de León, Eloy Martínez, Ernesto Pérez de la Riva y Regino Truffin, época ésta en que despliega el Club todas sus actividades sociales, sucediéndose fiestas y saraos de extraordinaria brillantez.

Estamos refiriéndonos al año 1902, época en que pasaban en aquella Playa sus temporadas de verano un grupo de familias distinguidas, entre las cuales figuraban Serafina Montalvo y Manuel Antón Recio de Morales; Margot Forcade, bellísima dama que por su exquisitez y simpatía resultaba uno de los baluartes del H. Y. C., casada con don Miguel de Cárdenas; Julita Torriente, otra dama de extraordinaria belleza y su marido don Pancho Montalvo; Nena Ariosa y Nicolás de Cárdenas; Mercedes Montalvo y Eloy Martínez; Mercedes de Armas y Willy Lawton; Mina Pérez Chaumont y Regino Truffin; María Carrillo y Miguel Arango; y algunas más que me escapan de la mente.

Era costumbre entonces celebrar los miércoles por la noche unas comidas bailables que resultaban extraordinariamente animadas y selectamente concurridas, pues asistían a más de los matrimonios mencionados, allí de temporada, otros que iban desde el Cerro, Puentes Grandes y esta capital, figurando entre esos Lelia Herrera y Charles Morales, Susanita de Cárdenas y Pedro Arango, María Aguirre y Ernesto Longa, Mercedes Romero y Pancho Arango, Marianita Enriquez y Adolfo Lamar, Hortensia Carrillo e Ignacio Almagro, María Martín y Pancho Plá, María Dufau y Marcel Le Mat, Pepa Echarte y Porfirio Franca, Chea O'Reilly y Manuel Ajuria, María de Cárdenas y Teodoro Zaldo, Mireille Garcia y Alonso Franca, que acababan de contraer matrimonio, María Teresa Herrera e Isidro Fontanals, Josefina Ibáñez y Ramón Pío de Ajuria que iba siempre en su coche que tiraba una briosa pareja de caballos, Amalita Alvarado y Rafael Ponso y Hemelina López Muñoz y Juan A. Lliteras.

También visitaban el Club y concurrían a esas comidas, los esposos Elisa Careaga y Panchin Durañona en compañía de su hija Carmen, joven que a pesar de su extraordinaria belleza, por lo exagerado de su españolismo, no tenía muchas simpatías entre la juventud de la época. Este matrimonio era muy rico, pues ella pertenecía a una acaudalada familia de Bilbao, siendo propietarios del ingenio Toledo y de la gran residencia que ocupaban en Marianao que indistintamente se conocía por la casa de «Las Figuras» o por la «Quinta Durañona». Desde la puerta posterior de esta gran residencia

se llegaba al batey del ingenio «Toledo» por una magnífica carretera que había hecho construir el señor Durañona.

Era también concurrente al Club y a sus comidas, un grupo de señoritas entre quienes figuraban Nena Pons, que contrajo después matrimonio con el licenciado Ernesto Pérez de la Riva; Georgina Giquel, de extraordinaria belleza, que casó años después con el coronel Eugenio Silva; Ana María Menocal de belleza semejante a la del lirio, que casó con don Julio Rabel, fallecido poco tiempo después de su matrimonio cuando convalecía de una fiebre tifoidea. María Luisa Menocal, hermana de Ana María, que casó con don Elicio Argüelles, Loló y Henriette Valdés Fauly, la primera casada después con don Paco Ruz; Mercedes Valdés Fauly que casó con el doctor Rafael Menocal y Cueto y Ana María Borrero, cuya presencia en las fiestas era saludada siempre con simpatía, pues era y sigue siendo una mujer encantadora, por la simpatía que fluye de su persona, y por su cultura y mentalidad poco comunes.

De entre el grupo de jóvenes que entonces concurría a estas fiestas hay que citar a Guillermo Zaldo, Armando de J. Riva, Víctor González de Mendoza, Luis Rabel, Francois Ruz, René Berndes, René Dussacq, doctor Francisco Loredó que iba siempre manejando su tilbury tirado por caballos de fama en La Habana, Arturo Lavín, Miguel y Juan Francisco Morales, Miguel Torriente, Miguel Varona, Antonio Ruiz, Antonio G. Solar, Antonio Arturo Bustamante y otros más.

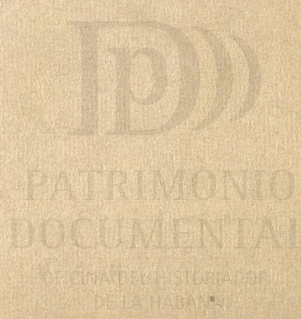
Posteriormente y ya casada Nena Pons con Ernesto Pérez de la Riva, concurría siempre con ellos a estas comidas la bellísima Josefina Fernandina, viuda ya del Marqués de Casa Dávalos, en ocasiones acompañada de su hermana Elena, entonces la prometida de su primo Gabriel de Cárdenas de la casa de los Marqueses de Campo Florido.

Estas comidas las amenizaba la orquesta de cuerdas dirigida por el popular Antonio Torroella.

Personas que disfrutaron de aquellas deliciosas veladas recuerdan todavía con profunda admiración a Susanita de Cárdenas cuando, del brazo de su marido Pancho Arango, bailaba maravillosamente el vals, con aquella suprema elegancia que aún le es tan personal, despertando casi siempre tal admiración que todos formaban coro alrededor del salón para verla cruzar.

x x x

La vida social del H. Y. C., durante los años en que estuvo presidido por Felipe



164

4

Romero, Ernesto Pérez de la Riva y Regino Truffin, fué positivamente brillantísima. Entonces la institución no era rica y carecía de empleados que despacharan la secretaria, desempeñada en esa fecha por el ingeniero Víctor G. de Mendoza. Las invitaciones, como no estaba divulgada entonces la máquina de escribir, eran escritas a mano, auxiliándolo en esa labor en horas de la noche dos damas distinguidísimas Nena Pons de Pérez de la Riva y Nena Ariosa de Cárdenas, matrimonios que generalmente se quedaban a comer en el Club.

El traje de baño de los hombres lo constituía una camisa de jersey con mangas cortas que cubría la trusa que era también de jersey, siendo obligatorio al subir al puente, cuando se salía del agua, cubrirse con una especie de capa de felpa para dirigirse a las duchas.

Como Armando de J. Riva fué desde joven un magnífico ejemplar de hombre, en muchas ocasiones cuando salía del agua y caminaba hacia las duchas lo hacía llevando colocada la capa sobre uno de sus hombros solamente, quedando al descubierto el otro, y tanto los amigos como las amigas le bromeaban jocosamente diciéndole que era el Apolo del Belvedere bajado del pedestal.

En aquellos primeros días la señorita Nena Pons, acababa de salir del colegio donde había recibido educación y como era una gran nadadora, en muchas ocasiones, valientemente, aunque con la imprevisión de los años juveniles, nadaba mar afuera, muchas veces hasta milla y media, ante la zozobra del padre que ansiosamente la seguía con la vista desde la costa, enviándole, en muchas ocasiones, uno de los botes del Club que la recogía, devolviéndola a la playa. Naturalmente que el padre la reñía cariñosamente, diciéndole que podía ser víctima de la ferocidad de alguno de los tiburones que solían merodear por allí, pero ella entonces, que siempre fué muy alegre, besaba cariñosamente al viejo y ganaba la partida. Algunas personas que vivieron aquellos días del Club me afirman que Nena Pons fué la mejor nadadora de la época a pesar de que el traje de baño de entonces dificultaba los movimientos, pues lo formaba un pantalón de bombacho y encima una saya de tela que tenía un largo mayor que algunos vestidos de calle de la época actual.

Los presidentes de aquellos días fueron siempre hombres ricos, pues era costumbre que cada uno durante su periodo, hiciera al Club obsequios de aquellos objetos indispensables para el uso de los socios y que por la falta de dinero, no

había podido comprar el Club. Así tenemos que Felipe Romero donó a la sociedad dos docenas de sillones para las terrazas; Ernesto Pérez de la Riva obsequió un gran juego de cubiertos de plata y construyó por su cuenta un court de tennis; Regino Truffin donó el reloj de gran tamaño que estaba colocado en el puente para que los bañistas tuvieran conocimiento de la hora, así como otros de tamaño más pequeño colocados en los salones del Club y el propio Pérez de la Riva y el secretario don Víctor G. Mendoza, donaron una gran vajilla de loza.

En cuanto a fiestas hay que citar entre otras ofrecidas en la época a que nos estamos refiriendo, el gran baile dado en la noche del 24 de noviembre de 1906 en honor de los marinos de la corbeta de guerra española, escuela de guardiamarinas, la «Nautilus», mandada por el capitán de fragata don Salvador Moreno Eliza a quienes dispuso el Club la más cordial acogida.

Fué también una gran fiesta la que se ofreció en aquella casa en honor de la misión diplomática que representó a España durante los actos celebrados en Lima para festejar el primer centenario de la independencia del Perú. Esa misión estaba integrada por el Conde de la Viñaza, hijo de una ilustre cubana que poseía un gran palacete en Biarritz y por el general Bermúdez de Castro, jefe de la Casa Militar del Rey de España, concurriendo también a esa gran recepción los secretarios y agregados de la misión diplomática integrada por personas muy distinguidas de la aristocracia española.

Bermúdez de Castro durante los días de nuestra guerra de independencia era ayudante del general Moncada, que no era amigo del gobernador Weyler, pues constantemente socorría de su peculio particular a familias pobres, generalmente los infelices reconcentrados, laboriosos hombres de campo a quienes Weyler obligaba a vivir en las ciudades persiguiendo con tan inhumana disposición que estos cubanos no pudieran ayudar a los hermanos que luchaban en la manigua con las armas en la mano. Encontrándose en Cuba Bermúdez de Castro, conoció la noticia de su ascenso a general; y como su bolsa entonces no andaba bien, el señor Francisco Pons, que era su amigo, le regaló el fajín que tiene un elevado costo.

En cuanto a eventos náuticos nos referiremos a las primeras y muy lucidas regatas internacionales de bote motor celebradas entre Filadelfia y La Habana, siendo requisito indispensable para tomar parte en ellas, ser propietario y tripulante del barco. Y aunque en ese

5

165

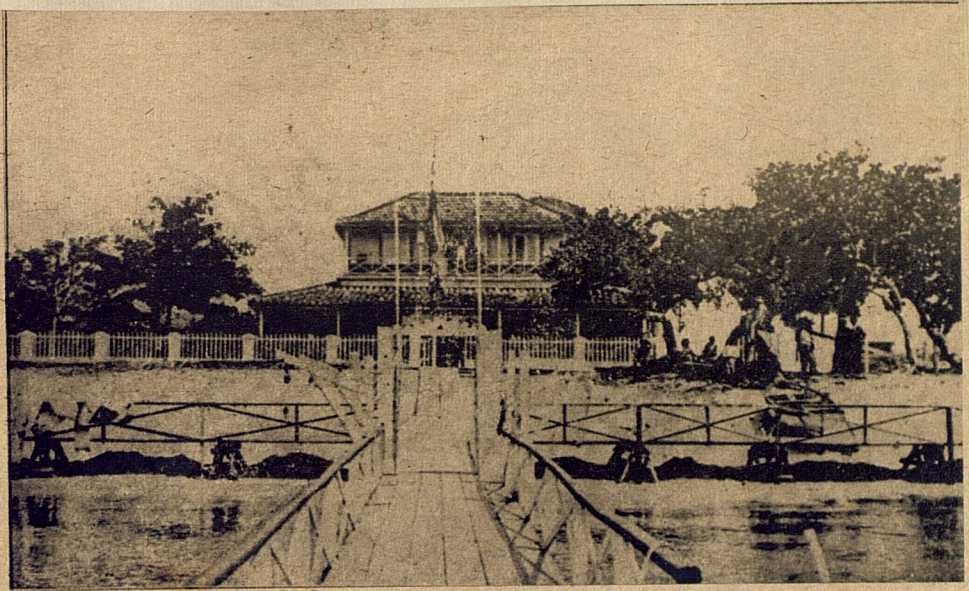
evento no tomaron parte embarcaciones cubanas, sino exclusivamente norteamericanas, aquí se les obsequió magníficamente, ofreciendo a los yatistas un gran banquete en los salones del H. Y. C., al que concurrió el entonces Presidente de la República, general José Miguel Gómez, quien pronunció a la hora de los brindis un bello discurso en que hizo gala de los grandes conocimientos que tenía de estas embarcaciones, sorprendiendo a todos, pues ninguno de los presentes, incluso los marinos norteamericanos, sospechaban que el Presidente de Cuba, que no practicaba ese deporte, lo conociera tan profundamente.

En la actual lista de socios del H. Y. C., ocupa el número uno don Federico Zaldo que ingresó el año 1887. En ese mismo año ingresaron el Ldo. Juan Antonio Lliteras que acaba de morir y don Aquiles Martínez, que es el actual socio número dos. El señor Julio Blanco Herrera, ingresado en 1901, ocupa el tercer lugar. Y los señores Porfirio Franca, Enrique J. Conill y Rafael Posso, que hicieron su ingreso en el año 1902, ocupan en esa lista el cuarto, quinto y sexto lugar, respectivamente.

En la semana próxima hablaremos sobre la construcción del actual edificio del H. Y. C., dando término a estos trabajos sobre la Playa de Marianao.



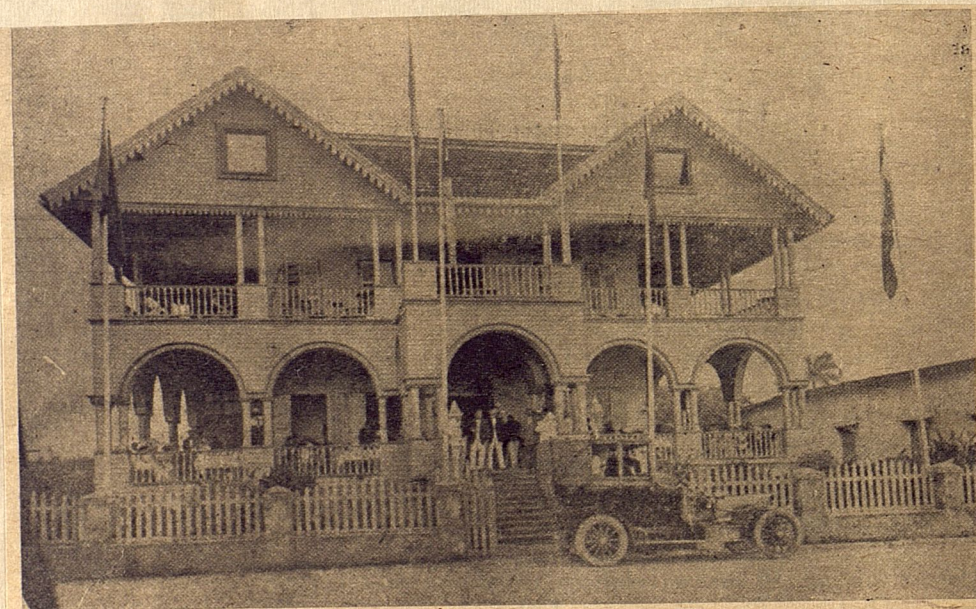
Interesante grupo tomado en la tarde del 18 de octubre de 1896, en la primera casa que ocupó el Club. De izquierda a derecha: primera fila, sentadas: señoras chiquitica San Pelayo, Virginia Echevarría y Lola Suárez. Segunda fila: señoras Aurora San Pelayo de Childs y Margarita Azcárate de Todd, general Lec, señora Enriqueta Guasch de Azcárate y señor Carlos Carbonell. Tercera fila: Charles R. Todd, Geo L. Childs, Francisco Suárez, Frank Finlay, José Baró, Joseph Springer, Rafael Prendes y José Carreras a quien cariñosamente decían El Músico.



Antigua residencia veraniega de Sir Joseph White Todd en la Playa de Marianao que fué la primera casa del Habana Yacht Club al quedar constituido.

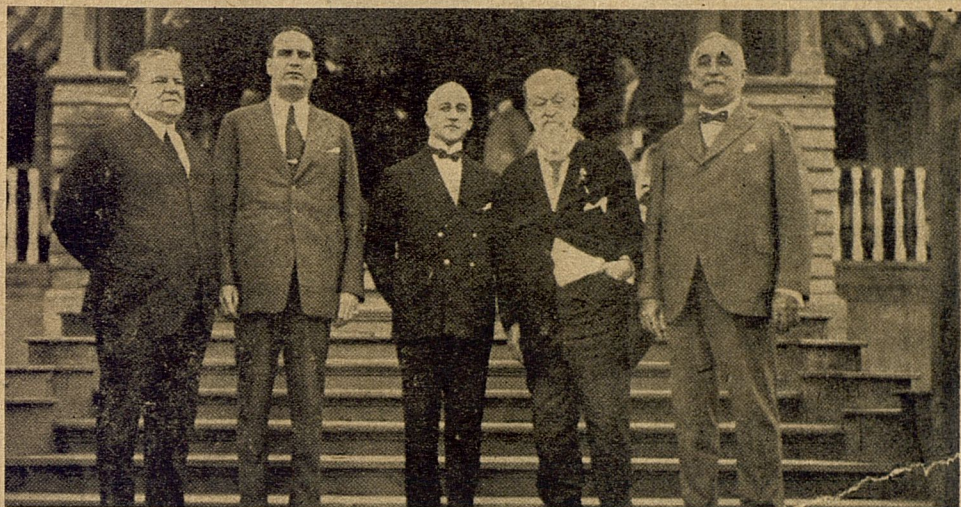


Grupo fotográfico tomado en el año 1894 en la mañana del día de la inauguración de la segunda casa del Club. De izquierda a derecha: Julio Mayoz, Ramón Juliá, Guillermo Freyre, Narciso Maciá, Antonio Moner, Guillermo Lawton, Alberto Will, doctor Natalio Ruiloba, Juan Solberg, sin identificar, Francisco Plá, doctor Joaquín Diago y Guillermo Urbizu.

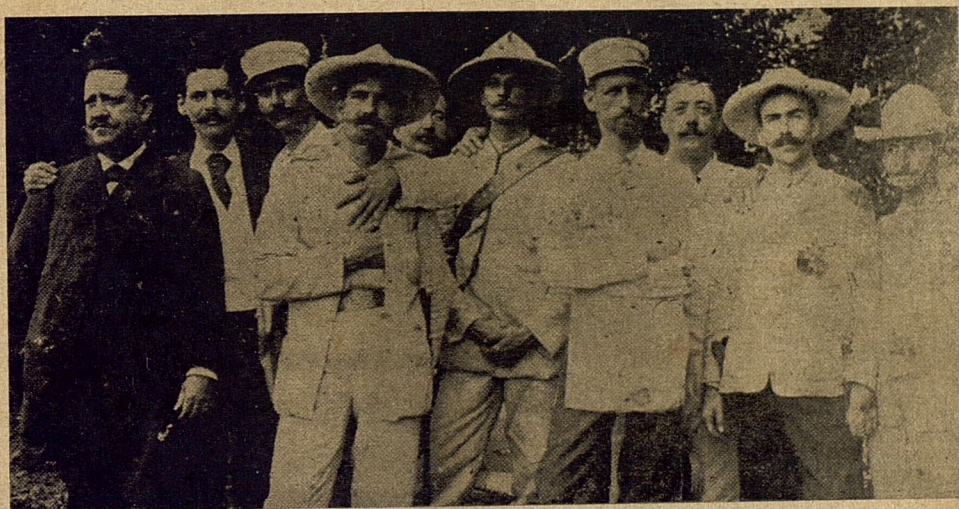


La segunda casa del Habana Yacht Club, inaugurada en el año 1894.

DIARIO DE LA MARINA



Ex presidentes del Habana Yacht Club. De izquierda a derecha: Charles Morales, René Morales, Víctor González de Mendoza, Joseph Springer y Ernesto Longa.



El general Menocal con su estado mayor en el H. Y. C., entre quienes figuran los coroneles A. Menocal y F. Mendizábal, capitanes Cruz Muñoz y Betancourt y comandantes Lasa y Troncoso.